



**VISITA DEL PAPA FRANCISCO
A LA COMUNIDAD DE SANT'EGIDIO
Roma, 15 de junio de 2014**

Intervención de Dawood Yousefi, refugiado afgano

Me llamo Dawood Yousefi, tengo 29 años, soy musulmán y soy refugiado afgano. Mi viaje hacia Italia empezó cuando todavía no tenía 18 años. Huí porque en mi país hay guerra desde 1978. Pertenezco a un grupo étnico perseguido en mi país, los hazara.

Me fui con dos amigos sin saber muy bien qué nos esperaba. El viaje de Afganistán empieza a pie para llegar a Irán. Una de las partes más peligrosas del viaje fue el paso por las montañas entre Irán y Turquía, donde pasé más de dos semanas. A ambos lados del camino vi esqueletos de otros refugiados. Tuve miedo de morir porque hacía mucho frío. Durante el recorrido pudimos saltar por los aires varias veces a causa de las minas antipersona. Éramos un grupo de cien personas y solo el paso de Irán a Turquía nos costó dos mil dólares a cada uno. Los caminos que nos hacen seguir los traficantes son los mismos por los que pasan las armas, la droga y el alcohol. Al llegar a Turquía mi viaje no había terminado. Con cuatro amigos compramos una barca hinchable para llegar a Grecia. El traficante nos dijo que una de las islas griegas estaba muy cerca. Decidimos viajar así porque era la manera más económica. Habíamos terminado el agua y el mar estaba muy agitado. Mi mejor amigo cayó al mar por culpa de un golpe de agua y no pudimos hacer nada por él. Todavía le oigo pedir ayuda. Nos salvó un mensaje que envié a los guardacostas con un viejo teléfono celular que todavía guardo. Es la primera vez que explico esta parte de mi viaje porque todavía siento dolor al recordarlo. Creo que nos salvaron Dios y la oración de mis padres y de muchos que nos acompañan. Sé que usted fue a rezar a Lampedusa y eso causó un fuerte impacto en muchos como yo. Le queremos. Gracias. La última parte de mi viaje es la que muchos jovencísimos afganos atraviesan para entrar en Europa: desde el puerto de Patrás hacia Italia. Me escondí debajo de un camión, entre las ruedas, y estuve allí colgado 35 horas sin moverme. Muchos jóvenes afganos han muerto porque no han resistido y han caído bajo las ruedas.

Hoy estoy bien, tengo un trabajo. Conocí la Comunidad de Sant'Egidio una tarde en la estación Ostiense de Roma, donde llevaban la cena a los que viven en la calle. Empezó entonces una gran amistad que me ha llevado a vivir profundamente con Gente de Paz. Somos muchos y diferentes por cultura y país. Juntos intentamos construir la paz. Voy a menudo a las escuelas a hablar a los jóvenes de mi historia que es parecida a la de muchos refugiados. He encontrado aquí la paz que tanto deseaba. Sueño la paz para mi país y para muchos que todavía sufren por la guerra. Gracias.